



Nº 8

CARRERA ANDRADE: RECUERDOS

Francisco Tobar García

Era agosto y en París hacía un poco de calor. Falseo la verdad, ahora recuerdo que era un día como todos, y lo del calor es invento mío, pues a los veinte años uno no se da estricta cuenta, no importa el clima. 1948 y un restaurante de buen aspecto, con una carta que incluía conejo.

Había oído hablar de Jorge Carrera Andrade. Casi no lo había leído. Qué quiere ustedes, nuestra generación –es la verdad desnuda- se nutrió de desperdicios. Leíamos a Medardo Ángel Silva, a Arturo Borja, a Noboa y Caamaño. A lo mejor, a Fierro –de esto ya no tengo recuerdo alguno-. ¿Les parece dura la palabra desperdicios? Sí, lo es. Entonces eran poetas maravillosos, tenía esa melancólica acentuación que nuestras pobres vidas vestían. Era la moda. También nosotros soñábamos en suicidarnos, y Jorge Carrera Andrade hacía una poesía llena de esplendor, de raro júbilo.

En el restaurante, el poeta oficiaba. Los poetastros lo seguíamos con interés y pasión ambigua: nos hablaba de desconocidos, de Saint John Perse, de Valery. ¿Quién iba a pensar ese día que un año más tarde su libro de traducción de los poetas franceses cambiaría nuestra existencia? Por lo menos yo, lo debo todo a ellos, y a Jorge Carrera Andrade que me permitió conocer a estos extraños profetas en español. El poeta rodeado de los jabardos, comía con gran apetito. No tenía semejes de poeta. Ustedes lo recordarán: alto, corpulento, tropical. A su lado, los tres o cuatro acólitos, parecíamos esqueletos.

Regresé a la tierra. Compré el libro de marras. Me encerré muchos meses a leerlo. Escribí y publiqué mi Zalatiel. Jorge me escribió una carta -¿dónde está, en qué angustiosa peregrinación la dejé olvidada?- en la que me decía que creía ver en mi largo poema el trazo del poeta de “El Anábasis”. Como yo me creía mucho, le contesté con cortesía, pero ocultando que todo era fruto de la lectura de su estupenda traducción. Sólo lo hice cuando comprendí que la fama de que yo disfrutaba no se apoyaba en nada real, que era más que nada orgullo provinciano.

Y después leí a Jorge Carrera Andrade. Me agradó mucho, pero jamás sentí que su verso me “llegaba”; no estaba en mi sensibilidad. El habla de las cosas y árboles, de frutos y seres maravillosos y tenía, sobre todo, una suerte de caridad que jamás he sentido. El era un poeta seráfico y yo un aprendiz de poeta maldito.

No lo volvía ver hasta muchos años más tarde, en Caracas. Otro restaurante, otros poetas pegajosos que hablaban mil maravillas de la poesía del maestro. Callaba yo adrede. Comenzaba a admirarlo de veras. Le oía embaído y lleno



de curiosidad. ¡Ya conocía el secreto de Benjamín Peret! Los nombres que él barajaba, me eran familiares, Valery sobre todo. ¿Es que hay una traducción mejor que la de Carrera de “El cementerio marino? No, qué duda cabe. “Ese techo tranquilo donde andan las palomas...” (Un día, en Madrid, en la cuesta de Moyano, hallé por fortuna la primera edición de esa soberbia, inaudita versión...). Caracas... Tampoco recuerdo si hacía mucho calor. Sólo que tomamos tortuga con plátano y que eso era una delicia. La sobremesa fue sobre poetas ecuatorianos. Recuerdo que hablamos de Gangotena, de Escudero, del inefable Filoteo Samaniego que después también haría traducciones memorables, pero que, por entonces, era un poeta delicado, extraño, alimentado como yo de frutos exóticos hallados en la literatura francesa. Sí, hablamos sobre todo de Samaniego, no lo olvidaré nunca, y pienso en el autor de “Los niños sordos”, lejos, nos estará escuchando alborozado.

No volví a ver a Carrera Andrade hasta un tiempo en que estuvo de Canciller. Le pedí una cita, me la dio. Ya no hablamos de poetas sino de un viejo sueño. No me hizo caso, me escuchó casi indiferente y, como soy humano y un niño resentido, cerré la puerta sin cuidado. Cosa extraña, para esa fecha, y consideraba a Carrera Andrade como el mayor poeta que haya tenido el Ecuador. Las comparaciones molestan, ya lo sé, mas eso es lo que sentía, que era el mayor poeta. La amistad se hizo trizas, pero su nombre lo llevé a mis clases y comencé a estudiar su poesía a través de todas sus edades.

Y sólo lo volví a ver en una fotografía, poco antes de su muerte. ¿Dónde estaba el poeta formidable, el ser humano colosal? Ya la muerte aguitaba. Se marchó y no nos dijo nada. Culpa de la maldita distancia.

El combate poético

Tú me darás el arma, Poesía
para vencer al enemigo oculto
para arrasar las fortalezas fatuas
para escalar las torres de lo bello,
para estirpar las sierpes del planeta
instaurando el reinado del rocío.

Oh Poesía amada
clava tu alfanje de cristal y de música
en el cuerpo del pulpo de la sombra,
da muerte al escorpión de la injusticia,
corta el pan de la luna para todos,
protege al nido, corazón del árbol,
a los seres vestidos de inocencia,
a las albas del mundo
y ciñe tu armadura transparente
para el combate diario con la noche.



No permitas que rueden las palabras
de peldaño en peldaño hasta el estiércol.
Haz huir a los cuervos emisarios
de fealdad, que mienten en tu nombre.
Tú me darás el arma, Poesía
para abolir el reino del Oscuro
y devolver al hombre el patrimonio
de la luz transformada
en amor a las cosas del planeta